

¡Dios mío Ayúdame!

“Estoy lleno de odio”

(Lecc. 6)

“Aconteció al otro día, que un espíritu malo de parte de Dios tomó a Saúl, y él desvariaba en medio de la casa. David tocaba con su mano como los otros días; y tenía Saúl la lanza en la mano. Y arrojó Saúl la lanza, diciendo: Enclavare a David a la pared. Pero David lo evadió dos veces” (1ª Samuel 18:10-11).

Lectura de fondo: 1ª Samuel 24:1-22.

Todos nosotros tenemos desacuerdos y rupturas en la comunicación con nuestros cónyuges o amigos, pero hay algunos que están constantemente en pugna con los que les rodean. Tal como el en caso de Ismael en Génesis 16, pareciera que, suceda lo que suceda, **“su mano será contra todos, y la mano de todos contra [ellos]” (verso 12)**. Hay otros que incluso se sienten orgullosos de causar desacuerdos que provocan enemistades y destruyen para siempre las relaciones entre las personas.

¿Será posible para un cristiano agradar a Dios a la vez que abriga resentimientos que llevan a la ruptura de las relaciones?. Si su respuesta es “sí”, usted puede estar malentendiendo la verdadera naturaleza del pecado.

A veces, el pecado es difícil de distinguir, pues tiene muchísimas maneras de disfrazarse. No es difícil reconocer a alguno de los pecados visibles de la carne. Dado que hayamos éstos tan fáciles de distinguir, que podemos suponer que ellos son los pecados más graves. Jesús, no obstante, condenó no solamente los pecados del hombre exterior. Aunque es cierto que él condenó los pecados visibles de la carne —tales como el homicidio, el adulterio y la mentira— también hallamos en sus enseñanzas que hay una mayor o igual preocupación por las cualidades internas y las actitudes que producen estos pecados (Mateo 15:17-20).

Jesús ilustró esto cuando habló del homicidio: **“Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás, y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio” (Mateo 5:21-22ª)**. Todos nosotros estamos de acuerdo en que el homicidio es malo, pero Jesús fue más allá del acto en sí y de modo singular condenó la actitud que produce el homicidio. Son pocos los que entre nosotros pueden sentir la tentación o tener la ocasión de cometer homicidio; sin embargo, la malicia, el resentimiento, y el enojo que pueden producirlo están presentes en las vidas de muchos.

Cuando emociones tan negativas como las anteriores se convierten en un problema predominante, ¿cómo resuelve el cristiano el problema de la ira que resulta en el odio y el resentimiento?. Una vez más, la vida de David nos revela algunas maneras como podemos resolverlo.

Después de haber sofocado otra incursión de los filisteos (1ª Samuel 23:26-29), Saúl se sintió nuevamente en condiciones de perseguir a David. El rey volvió al desierto de En-gadi con tres mil hombres y reanudó su búsqueda de David cerca de los peñascos de las cabras monteses (1ª Samuel 24:1-2).

Una multitud de cuevas penetraban por estos peñascos. Los registros geográficos actuales muestran que una de las cuevas es de tamaño suficiente como para darles cabida a un total de treinta mil hombres. Tal vez fue en esta cueva o una parecida a ella, donde Saúl se retiró de su ejército con el fin de procurarse un poco de privacidad.

Sin que Saúl se diera cuenta, David y sus hombres se encontraban dentro de esta misma cueva. Saúl, solo y vulnerable, estaba ahora a merced de David. De inmediato, los hombres de David vieron aquí la oportunidad dorada. Pensaron que David debía matar a Saúl, y ponerle fin, de una vez por todas, a la persecución que los había convertido a todos ellos en forajidos. Este acto le permitiría a David asumir el puesto que con todo derecho le pertenecía en el trono de Israel.

David se acercó calladamente a Saúl y sacó su cuchillo; sin embargo, se rehusó a hundírselo en el corazón al indefenso Saúl. En lugar de esto, se limitó a cortar la orilla del manto de Saúl y luego se escabulló sigilosamente, sin permitir que Saúl se diera cuenta de lo que había sucedido.

Más adelante, fuera de la cueva, David se enfrentó con Saúl. Poniendo en duda las acciones de Saúl, le hizo ver a éste que la persecución de él tenía tanto sentido como el perseguir a un perro muerto (1ª Samuel 24:14). Sostuvo en su mano la orilla del manto de Saúl para probar su ausencia de malicia y para hacer ver que no tenía intención de hacerle daño alguno a Saúl.

La misericordia de David hizo sentirse humilde a Saúl y lo convenció de llegar a un pacto de apoyo mutuo. También prometió cesar su persecución de David, una promesa que sólo cumplió por un breve tiempo.

Este relato histórico ilustra el espíritu bondadoso de David y su entrega a Dios y a Saúl como rey ungido. El amor de David hacia Saúl y su fe en Dios, le permitieron superar el resentimiento y el odio. Esta fe liberó a David de todo deseo e impulso de matar a Saúl.

LA JUSTIFICACIÓN DEL ODIO

Hubiera sido fácil para David justificar su odio hacia Saúl. El sufrimiento de David a manos de Saúl le había causado más daño, y le había traído más dificultades, de las que la mayoría de los hombres están obligados a soportar.

Promesas quebrantadas

Saúl había roto ciertas promesas importantes que le había hecho a David. Le había ofrecido una gran recompensa al hombre que matara a Goliat. Le había prometido grandes riquezas y la mano de su hija para que se casara con ésta. Saúl también había prometido eximir del pago de los impuestos a la familia de su padre en Israel (1ª Samuel 17:25-26).

Después de la victoria de David sobre Goliat, Saúl no había cumplido ni una sola de estas promesas. David no había recibido las riquezas prometidas. Decía de sí mismo: "**¿... siendo yo un hombre pobre y de ninguna estima?**" (1ª Samuel 18.23). Aunque Saúl le había dado su hija Mical por mujer, ésta después le fue quitada y dada a otro (1ª Samuel 25:44). El padre y la madre de David fueron obligados a salir al exilio a tierra de Moab, el lugar de nacimiento de Rut, la bisabuela de David.

Intentos de homicidio

David estaba dolorosamente consciente del deseo de Saúl de verlo muerto. Las Escrituras hablan de por lo menos diez intentos aislados de tomar la vida de David, por parte de Saúl. Estos revistieron características variadas, desde los que se daban

mediante el envío de David a misiones peligrosas, hasta los que se dieron las veces que trató de enclavar a David en la pared con una lanza. Cualquiera de estos intentos podía haberle servido de excusa a David para matar al rey Saúl (Éxodo 21:23-25).

Trato humillante

Saúl obligó a David a huir de su casa. Su esposa Mical pudo engañar a los hombres de Saúl, dándole la oportunidad a David de escapar de ellos. El tener que hacer que su esposa le sirviera de protección fue ciertamente un acto humillante para un guerrero como David. Además, no se le permitió que se llevara sus pertenencias, ni siquiera la espada que Jonatán le había dado. En lugar de lo anterior, sus acciones le valieron el epíteto de forajido y lo llevaron a perder su condición de heredero como yerno del rey.

¿Hubiera tenido David la justicia de su parte si hubiera matado a Saúl?. Según las normas del derecho actual, hay muchos que sin pensarlo hubieran tildado el homicidio de Saúl como un "acto en defensa propia". Podíamos razonar que David vivió en la era anterior al cristianismo. El no sabía nada acerca de lo de "volver también la otra mejilla" (Mateo 5:38-39).

De hecho, la muerte de Saúl habría acabado con la persecución de David y de sus hombres. Es muy probable que las acciones de Saúl llevaran a muchos a la conclusión de que él era un desequilibrado mental. Es probable que algunos miraran en Saúl un perro rabioso o a un animal salvaje enloquecido. Casi nos parece oírlos decir: "Deberíamos acortarle su agonía a Saúl".

David no pensaba de tal modo. Sin duda, Saúl lo había lastimado varias veces. Hasta los hombres de David veían perfectamente justificable el que David matara a Saúl; sin embargo, David eligió no seguir el razonamiento de los demás. David eligió no odiar a Saúl. ¡Cuán fácil es para nosotros echar mano de razones equivocadas para justificar sentimientos equivocados!. Le damos cabida a la terquedad y a la malicia diciendo que estamos "**peleando por nuestros derechos**". Abrigamos resentimientos diciendo: "**No le permitiré a nadie que me atropelle**". Le aseguramos al que nos lastima: "**¡Me vengaré si eso es lo último que haga en esta vida!**". Es la naturaleza egoísta, mundana, la que nos lleva a pensar que debemos desquitarnos cuando se nos causa daño. Nuestro orgullo carnal no nos permitirá sufrir pérdida ni humillación alguna.

Necesitamos aprender de David que no estamos obligados a llenarnos de odio, es algo que elegimos. Por lo general se necesitan dos para que haya un pleito, una discusión o un divorcio. También se necesitan dos para que exista el odio. Booker T. Washington dijo una vez: "**No permitiré que hombre alguno me haga sentir inferior a él odiándolo**". Jesús es nuestra alternativa: "**... bendecid a los que os maldicen,...**" (Lucas 6:28). Pablo añadió: "**... bendecid, y no maldigáis**" (Romanos 12:14). Los que tienen sus corazones llenos de odio no tienen a nadie a quien culpar excepto a sí mismos. Ellos han elegido tener sus corazones llenos de odio.

CUANDO SE NIEGA EL ODI

Hay algunos que, sin pensarlo, niegan que sus resentimientos, sospechas o prejuicios, sean comparables con el odio que Saúl sentía hacia David: "Por supuesto", dicen, "mis sentimientos no pueden ser tan malos". Dios nos advierte del peligro de que el pecado dé inicio en nuestras vidas. "**Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados**" (Hebreos 12:15).

Son pocos los que llegan a cometer el acto en sí de homicidio, sin embargo, esto no es de consuelo para cuando alguna vez hayamos sentido ganas de matar a alguien, o hayamos deseado que alguien estuviese muerto. "Jamás he matado a nadie", dijo

Clarence Darrow una vez, "pero he leído las esquelas mortuorias con agrado". **Tomás de Aquino dijo: "La gente mira la acción; Dios mira la intención"**. ¿Cómo mira Dios el odio, esto es, el aborrecimiento?. **"Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él"** (1ª Juan 3:15).

CÓMO SUPERAR EL ODIO

Note las palabras que usa David para describir a Saúl: **"... el ungido de Jehová"**. David hacía caso omiso de las debilidades y las fallas de Saúl, con el fin de poder ver otra cosa. A pesar de las fallas de Saúl, David jamás olvidó que Saúl había recibido la bendición especial de Dios, la cual era semejante a la recibida por él. Dios había elegido a Saúl para que fuera rey, e iba a ser Dios —no David— el que lo apartara de ese puesto.

También debemos reconocer la singularidad de cada persona como parte de la creación de Dios que ella es. El ha provisto para la salvación de las personas (1ª Timoteo 2:3-4). Aunque muchos no eligen ser parte de este plan, sus acciones no cambian el valor que ellos tienen a los ojos de Dios.

Aunque los talentos de las personas son diferentes, siempre es Dios la fuente de ellos. Las Escrituras nos hacen ver que Dios puede tomar los talentos de cualquier persona, y utilizarlos para sus propósitos y para su gloria. Por lo tanto, debemos reconocer la singularidad de cada individuo. No todas las personas son buenas, de modo alguno; pero todos llevan la señal del Creador.

Si Dios tiene un lugar único para cada persona, ¿qué derecho tienen los cristianos de destruir alguna parte de esa persona?. Nuestro odio no debe llevarnos a matar a una persona, pero nuestras pasiones descontroladas pueden llevarnos a destruir reputaciones y relaciones. Hay momentos en los que la lengua es el arma afilada, cortante, que utilizamos para destruir a nuestros enemigos: **"Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así"** (Santiago 3:9-10).

David se abstuvo de odiar, y más adelante se resistió a una segunda oportunidad de matar a Saúl. Nuevamente se negó, dándole a Abisai la siguiente razón:

No le mates; porque ¿quién extenderá su mano contra el ungido de Jehová, y será inocente?... Vive Jehová, que si Jehová no lo hiriere, o su día llegue para que muera, o descendiendo en batalla perezca,... (1ª Samuel 26:9-10).

¡Hay algunos de nosotros que anhelamos vengarnos con nuestras propias manos!. El enorme número de casos interpuestos en los juzgados no son el resultado de una necesidad de ser compensados por agravios. Cuando el costo de litigar es mayor que cualquier posible ganancia, podemos suponer que es la venganza lo que está motivando el caso.

Se cuenta la anécdota del hombre que había hecho planes de llegar a ser predicador, pero cambió sus planes y comenzó a estudiar medicina. Más adelante, cambió su profesión por la de abogado. Alguien después le preguntó por qué había hecho tales cambios de carreras. Esto fue lo que respondió:

"Decidí llegar a ser doctor porque observé que las personas pagarían más por salvar sus cuerpos que por salvar sus almas. Después observé que los hombres pagarían más por desquitarse que por cualquier otra cosa".

A pesar de la presencia de esta actitud en el mundo, el Padre no les permite a los cristianos el deleite sensual de la venganza (Romanos 12:19; 2ª Timoteo 4:14). Esta responsabilidad es tan grande y tan seria que solamente Dios Todopoderoso puede

correctamente administrar la verdadera justicia. La verdadera justicia de Dios no sólo sopesa las acciones de todos, sino también sus intenciones y motivos. Sólo Dios Todopoderoso tiene el poder para juzgar de esta manera. Mientras no haya conocimiento ni discernimiento divinos, no habrá simple mortal que pueda justamente llevar a cabo la venganza.

CONCLUSIÓN

David podía ver lo que el odio le había causado al rey Saúl: Le había convertido en un hombre amargado, de mente torcida y pecaminosa. El odio había hecho que Saúl intentara matar a los tres hombres más importantes de su vida: **a Samuel, a David e incluso a Jonatan, su hijo** (1ª Samuel 16:2; 19:1; 20:32-33). Las emociones distorsionadas llevaron a Saúl a odiar a los tres hombres que más lo amaron.

El odio produce más daño al que lo siente que al que es objeto de él. El sufrimiento emocional, mental y físico del odio tiene un grave efecto en cualquiera que lo siente. Un hombre ingenuo entró una vez a una ferretería y quiso comprar un cartucho de dinamita. Cuando el dueño de la ferretería le preguntó en qué lo pensaba usar, el hombre dijo: **"Hay un tipo que siempre me pega en el pecho y me rompe el cigarro que llevo en los bolsillos de mi abrigo. Me voy a poner este cartucho de dinamita dentro del bolsillo interior de mi abrigo. La próxima vez que me golpee, le volaré su mano"**. Cuan trágico es que, en su ingenuidad, él no entendiera que su desquite también le volaría su propio corazón. Los sentimientos de odio y venganza llevan al resentimiento y pueden envenenar y eventualmente destruir a una persona.

Aprendamos **a cortar** el pecado desde el principio, pues **es mejor abstenerse** de pecar que pecar y **después arrepentirse**.

¡Si el pecado del odio ha podido arraigarse en nuestras vidas, comencemos inmediatamente a arrancarlo desde sus mismas amargas raíces! ♦

Ecisneros.29@gmail.com www.henrycis.org